

cado en la proa. Al primer soplo de aquel viento, los vapores que pesaban sobre la mar se elevaron como un humo desprendido de su hogar, y fueron descubriendo gradualmente las costas de la Sicilia y las montañas de Calabria, que al principio parecia que formaban, desde el cabo Blanco hasta la punta de Pizzo, un mismo continente dominado por la cabeza gigantesca del Etna. La tierra fabulosa y mitológica de Ovidio, de Theócrito y de Virgilio, se presentaba en fin á nuestros ojos, y nuestro bajel, como el de Eneas, bogaba hácia ella á toda vela, no ya protegido por Neptuno, el antiguo dios de la mar, sino bajo la proteccion de la Madona, estrella moderna de los marineros.

MESINA LA NOBLE.

Rápidamente nos aproximábamos, devorando con los ojos el horizonte circular que se presentaba á nuestra vista como un vasto anfiteatro. Al medio dia estábamos á la altura del cabo Pelore, así llamado por el nombre del piloto de Anibal. El general africano, que habia hecho huir en Asia á los Romanos que le habian perseguido en Africa, cuando llegó al sitio en que nosotros estábamos, y desde donde es imposible distinguir el estrecho, se creyó vendido y acorralado en una ensenada donde los enemigos iban á bloquearle y prenderle. Anibal era hombre de resoluciones prontas y extremas: se miró la mano: el anillo envenenado que llevaba siempre consigo, no habia abandonado su dedo. Seguro entonces de escapar á la afrenta de la esclavitud por la rapidez de la muerte, quiso que el que le habia vendido fuese á anunciar su llegada á Pluton; y sin concederle las dos horas que pedia para justificarse, le hizo arrojar al mar: dos horas despues conoció su error, y dió el nombre de su víctima al cabo que, prolongándose, le habia impedido ver el estrecho; tardia expiacion que,

sancionada por los historiadores, se ha conservado hasta nuestros días.

De instante en instante, por lo demás, todos los accidentes de la costa nos parecían mas visibles : las aldeas se destacaban blancas sobre el fondo verdoso del terreno ; comenzábamos á distinguir la antigua Scyla, ese monstruo de busto de mujer, y con la cintura rodeada de perros devoradores, tan temida de los antiguos marineros, y que el divino Heleno tanto habia recomendado á Eneas evitase. Nosotros fuimos menos prudentes que el héroe Troyano, aunque, como él, acabábamos de escapar de una tormenta. La mar se habia quedado de pronto en calma, los ladridos de los perros habian cesado para ser reemplazados por el ruido del mar que se estrellaba contra la costa : la Scyla moderna aparecía á nosotros en todo su pintoresco desarrollo con sus rocas antiguas coronadas con una fortaleza edificada por Murat, y su cascada de casas que descenden desde lo alto de la montaña hasta el mar como un rebaño que corre al abrevadero. Pregunté entonces al capitán si no se podia disminuir la rapidez de nuestra marcha, para darme tiempo de reconocer, con mi mapa á la vista, todos aquellos pueblos de nombres armoniosos y poéticos ; mi petición estaba perfectamente en consonancia con sus intenciones. Nuestro Sponare, demasiado altivo y presumido para entrar en Mesina tan quebrantado como estaba todavía por la tormenta, tenia necesidad de detenerse un instante para componer su entena rota, y cubrirle de velas nuevas. Se puso al páiro para que los marineros hiciesen mas tranquilamente su trabajo. Yo

tomé mi album y puse mis notas : Jadin tomó su cartera y se puso á dibujar la costa. Dos ó tres horas pasaron así, rápidas y ocupadas ; despues, habiendo concluido cada uno su negocio, se puso en derrotero hácia Mesina, y el pequeño buque hendió de nuevo las aguas con la rapidez de un pájaro que vuelve á su nido.

Se habia pasado el día en medio de esas distracciones, y la noche comenzaba á descender. Nos aproximábamos á Mesina ; y me acordaba de la predicción del piloto, el cual nos habia anunciado que dos horas despues del *Ave Maria* habríamos llegado á nuestro destino. Esto me recordó que desde nuestra partida no habia visto á ninguno de nuestros marineros cumplir públicamente con los deberes de la religion, que esos hijos de la mar miran, sin embargo, como sagrados. Habia mas : una pequeña cruz de madera de olivo incrustada de nácar, semejante á las que construyen los frailes del Santo Sepulcro, y que traen los peregrinos de Jerusalem, habia desaparecido de nuestra tienda, y la habia vuelto á encontrar en la proa del buque, debajo de una imágen de la *Madona del pié de la gruta*, bajo cuya proteccion se habia puesto nuestro buque. Despues de haberme informado de si habia habido algun motivo especial para mudar de sitio aquella cruz, y sabiendo que no, la cogí de donde estaba y la volví á llevar á la cabina, donde habia permanecido largo tiempo : ya se ha visto como la Madona, reconocida sin duda, nos habia protegido en la hora del peligro.

Me volví de espaldas, y ví al capitán cerca de nosotros.

— Capitan, le dije, me parece que en todos los buques napolitanos, genoveses ó sicilianos, cuando llega la hora del *Ave María*, se hace una oracion sencilla: ¿no tenéis esa costumbre á bordo del *Speronare*?

— Sí tal, excelencia, sí tal, replicó vivamente el capitan; y si es necesario decirlo, nos tiene muy disgustados no poderlo hacer.

— ¡Eh! ¿Y quién diablos os lo impide?

— Dispensad, excelencia, replicó el capitan; pero conducimos frecuentemente ingleses que son protestantes, griegos que son cismáticos y franceses que no son nada, tememos siempre herir la creencia ó excitar la incredulidad de nuestros pasajeros, con la vista de prácticas religiosas que no fuesen las suyas. Pero cuando los viajeros nos autorizan á obrar cristianamente, se lo reconocemos mucho; de modo, que si lo permitís...

— ¡Cómo, capitan! yo os lo suplico; y si quereis comenzar ahora mismo, me parece que siendo cerca de las ocho...

El capitan miró á su reloj, despues viendo que efectivamente no podía perderse tiempo:

— El *Ave María*, dijo en alta voz.

A estas palabras, salieron todos de las escotillas, y se lanzaron sobre el puente. Mas de uno, á no dudarlo, habia ya comenzado la salutacion angélica, pero cada uno la interrumpió al punto para venir á tomar su parte en la plegaria general.

De un extremo al otro de Italia, aquella oracion, que se hace á una hora solemne, cierra el dia y abre la noche. Ese momento del crepúsculo, lleno en todas partes

de poesia, la tiene mayor todavia en la mar con una santidad infinita. Aquella misteriosa inmensidad del espacio y de las olas, ese profundo sentimiento de la debilidad humana comparada con la omnipotencia de Dios, aquella oscuridad que avanza, y durante la cual, el peligro, siempre á la vista, va á aumentarse aun, todo eso predispone el corazon á una melancolía religiosa, á una santa confianza que eleve el alma en alas de la fe.

Aquella noche, sobre todo, el peligro de que acabábamos de librarnos, y que de cuando en cuando venia á recordarnos una fuerte marejada ó un lejano zumbido; todo inspiraba á la tripulacion, y aun á nosotros mismos, un recogimiento profundo. En el momento en que nos reuníamos sobre el puente, comenzaba la noche á condensarse en el Oriente; las montañas de la Calabria y la punta del cabo Pelore perdian su bello color azul para confundirse en un tinte parduzco que parecia descender del cielo como si cayese en una fina lluvia de ceniza, mientras que por Occidente, un poco á la derecha del archipiélago de Lipari, del que las islas con sus atrevidas formas se destacaban con vigor sobre un horizonte de fuego, el sol agrandado y esparcido en largas franjas de color violado, comenzaba á sumergir el borde de su disco en el mar Tirreno, que destlustrador y movible, parecia rodar en olas de oro fundido. En aquel momento el piloto se levantó detrás de la tienda, tomó en sus brazos el hijo del capitan, le puso de rodillas sobre el plano que formaba, y abandonando el timon como si el buque estuviese bien dirigido solo con la oracion, sostuvo al niño á fin de que los vaivenes no

le hiciesen perder el equilibrio. Aquel grupo singular se destacó al instante sobre un fondo dorado, semejante á una pintura de Giovanni Fiesole ó de Benozzo Gozzoli, y con una voz tan débil que apenas llegaba hasta nosotros, y que sin embargo, llegaba hasta Dios, comenzó á recitar la plegaria virginal que los marineros escuchaban de rodillas, y nosotros inclinados.

Hé aquí recuerdos para los cuales es inhábil el pincel y la pluma insuficiente; hé aquí una de esas escenas que ninguna relacion puede describir, que ningun cuadro puede reproducir, porque su grandeza está en el sentimiento íntimo de los actores que lo ejecutan. Para el lector de viajes ó el aficionado á marinas, nó sería eso otra cosa que un niño que ora, varios hombres que contestan y un navio que flota; pero para cualquiera que hubiera asistido á semejante escena sería uno de los mas magníficos espectáculos que hubiera visto, uno de los mas hermosos recuerdos que hubiera conservado; sería la debilidad que ruega, teniendo á la inmensidad por espectadora y por auditorio á Dios.

Concluida la plegaria, cada uno se ocupó de la parte que le correspondia en la maniobra. Nos aproximábamos á la entrada del estrecho; despues de haber costeado Scyla, íbamos á hallarnos frente á Carybdis. El faro se habia iluminado en el momento mismo en que la luz del sol habia cesado de alumbrar. Veíamos de minuto en minuto brillar como estrellas las luces de Solano de Scyla y de San Giovanni; el viento que segun la supersticiosa creencia de los marinos habia cegado la direccion del sol, nos era tan favorable como podia

serlo, de suerte que á eso de las nueve doblamos el faro y entramos en el estrecho. Una hora despues, como lo habia predicho nuestro viejo piloto, pasábamos sin accidente á la altura de Carybdis y echábamos el ancla delante de la aldea *Della-Pace*.

Era demasiado tarde para recoger la patente y no podíamos bajar á tierra sin haber llenado aquella formalidad. El temor del cólera habia redoblado la vigilancia de las costas: era cosa nada menos que de ser ahorcado en caso de contravencion: de modo que, distantes á lo mas cincuenta pasos de sus familias no podian nuestros marineros, despues de dos meses de ausencia, abrazar á sus mujeres ni á sus hijos. Sin embargo, la vista del país natal, nuestra feliz arribada á pesar de la tempestad, el placer que esperaban recibir al dia siguiente, habian hecho desaparecer los recuerdos desagradables, y casi en el mismo instante los sencillos corazones de aquellos valientes se habian abierto á todas las alegres emociones del regreso. Así, apenas el *Speronare* estuvo al ancla y se cargaron las velas, cuando el capitan, que le habia hecho estacionar precisamente en frente de su casa y lo mas próximo posible á la costa, arrojó un grito de señal. Al punto se abrió el balcon; apareció en él una mujer: tan solo dos palabras se cambiaron desde tierra á bordo: ¡Giuseppe! ¡María!

Al cabo de cinco minutos estaba la aldea en conmocion. Se habia esparcido la noticia de que el *Speronare* habia llegado de retorno; y las madres, las hijas, las mujeres y las novias habian acudido corriendo á la

playa armadas de antorchas. Por su parte la tripulación estaba toda sobre cubierta; todos se llamaban y respondían; eran preguntas y respuestas que se cruzaban con tal rapidez y confusión que no comprendía yo cómo podía distinguir cada uno lo que le correspondía de la que iba dirigida al que estaba á su lado. Y sin embargo, se mezclaban con una increíble facilidad; cada palabra iba á encontrar el corazón de aquel á quien iba dirigida; y como ningún accidente había entristecido la ausencia, la alegría llegó á ser bien pronto general y se reasumió en Pietro, que comenzó, acompañado por el silbido de Filippo, á danzar la tarantela, mientras que en tierra, su querida, siguiendo su ejemplo, empezó á zarandearse por su parte. Era la cosa más original aquel baile, ejecutado mitad á bordo y mitad en la playa.

En fin, las buenas gentes de la aldea tomaron parte en ella; la tripulación por un lado no quiso ser menos, y á excepción de Jadin y yo, el baile se hizo general. Estaba en su mayor auge, cuando vimos salir del puerto de Mesina una verdadera flota de barcas, llevando todas en sus proas una hoguera encendida. Una vez más allá de la ciudadela, se extendieron en línea en un espacio como de media legua; y después rompiendo la fila surcaron el estrecho en todos sentidos, no adoptando dirección alguna, ni una marcha regular; hubiérase dicho que eran estrellas que habían perdido su ruta y que se cruzaban desfilando.

Como no comprendíamos absolutamente nada de aquellas extrañas evoluciones, nos aprovechamos de

un momento en que Pietro, rendido, reparaba sus fuerzas sentado sobre el puente con las piernas cruzadas, y le llamamos.

Se levantó de un solo brinco y vino hacia nosotros.

— ¡Y bien! Pietro, le dije, ¿hemos llegado ya?

— Como lo veis, excelencia, á la hora que el abuelo ha dicho, no se ha equivocado en diez minutos.

— ¿Y estamos contentos?

— Un poquillo, va uno á volver á ver á su mujercita.

— Decidnos, pues, Pietro, añadí, ¿qué son todas esas barcas?

— ¡Toma! dijo Pietro que no las había visto; de tal modo atraía sus miradas la otra parte de la costa, ¡toma, la pesca al fuego! Efectivamente, es el momento á propósito. ¿Quereis hacerla?

— Sí, ciertamente, exclamé yo, acordándome de la excelente partida de este género que habíamos tenido en las costas de Marsella con Mery, Mr. Morel y toda su encantadora familia: ¿habrá medio de hacerla?

— Sin duda; hay á bordo todo lo que se necesita para ello.

— Y bien, dos piastras con mucho gusto para repartir entre el harponero y los remeros.

— ¡Giovanni! ¡Filippo! Los demás, ved aquí el macaroni que nos ha caído del cielo.

Los dos marineros acudieron presurosos. Giovanni, como se recordará, era el harponero de oficio. Cuando Pietro le dijo de lo que se trataba, dijo gritando dos

ó tres palabras de explicacion á su querida y desapareció bajo el puente.

En efecto, á medida que las barcas se aproximaban á nosotros, comenzábamos á distinguir, cubierto de un reflejo rojizo y semejante á un herrero cerca de una fragua, al harponero con su arma en la mano y detrás de él en la sombra los remeros, apresurando ó amainando el movimiento de sus remos segun la órden que recibian.

Casi todas las barcas estaban montadas por jóvenes de ambos sexos de Mesina, de la clase del pueblo; y durante el mes de agosto y setiembre, iluminado el estrecho de *Giorno*, como se dice en Italia, presencia todas las noches aquel singular espectáculo. Por su parte Reggio abre cotidianamente su puerto á semejantes expediciones; de modo, que desde las costas de la Sicilia hasta las de la Calabria la mar está literalmente cubierta de fuegos fatuos, que vistos desde lo alto de las montañas que bordean cada una de las costas deben formar las evoluciones mas bonitas y los paisajes mas fantásticos que es posible imaginar.

Al cabo de diez minutos la chalupa estaba preparada y llevaba orgullosamente en su proa una gran estufa de hierro en la que ardian trozos de maderas resinosas. Giovanni nos esperaba armado de su harpon, y Pietro y Filippo con sus remos en la mano. Bajamos á ella y nos colocamos en sitio mas próximo á la proa. En cuanto á Milord, como recordamos la pasada que nos habia jugado en Marsella en semejante circunstancia, le dejamos á bordo.

Por lo demás, ninguna variacion habia en la manera de hacer aquella pesca. Los pescados, atraidos por el reflejo de nuestro fuego como en la caza de las alondras se atraen por medio del reflejo del espejo, subian del fondo del mar y venian á la superficie á mirar con una estúpida curiosidad aquella llama á que no estaban acostumbrados. Aquel momento de estupefaccion era el que escogia Giovanni con una admirable agilidad y perfecta destreza. Teniamos ya cinco ó seis piezas magnificas, cuando nos reunimos á la flota mesinesa y nos perdimos en medio de ella.

¡ Cosa maravillosa que aquel mar, que la víspera habia querido tragarnos en sus abismos sin fondo, en aquel momento nos meciese muellemente sobre su terso espejo, y que despues de un peligro nos ofreciese un placer, fingiendo él mismo el olvido, para que desapareciese de nuestra mente el recuerdo ! ; Asi es como se comprende que no puedan los marineros estar largo tiempo separados de esa caprichosa querida que casi siempre concluye por devorarlos !

Hacia media hora próximamente que vagábamos en medio de esos gritos de alegria, de esas baladas, de esas ruidosas carcajadas, de esas demostraciones estrepitosas que tan voluntariamente prodigan los Italianos meridionales, cuando de una barca sin fuego, sin harponero, y que venia hácia nosotros velada y misteriosa, oimos salir una armonía dulce y tierna, que nada tenia de comun con las canciones que oíamos á nuestro alrededor. Una voz de mujer cantaba acompañándose de una guitarra, no ya la melodiosa canción siciliana, sino

la sencilla balada alemana. Acaso por la primera vez, desde la caída de la casa de Suabia, el país acostumbrado á los vivos y graciosos ritornelos del Mediodía, oía el poético canto del Norte. Reconocí las estrofas de Margarita esperando á Fausto. Hice señal con una mano á los remeros para que se detuvieran, indiqué á Giovanni con la otra suspendiera su ocupacion, y nos pusimos á escuchar. Se aproximó la barca suavemente hácia nosotros, llevándonos mas distintamente á cada remada, esta balada alemana, tan célebre en su sencillez:

No hallo consuelo
Desde su adios.
¡Loca estoy! ¡cielo!
¡Mi Dios! ¡mi Dios!

Triste ya el alma
Y el corazón,
Perdí la calma
Con la razón.

Mi débil seso
¡Triste! perdí,
No hay embeleso
Ya para mí.

Que en su presencia
Feliz viví,
Mas con su ausencia
Mi bien perdí.

A mi ventana
Cuando me ve,
Me encuentra ufana,
Firme en su fe.

Su voz me guía,
Su esclava soy,
De noche y día
Tras él me voy.

Si está sombrío,
Si alegre está,
Así sonrío
O lloro ya.

Y murmurando
Tierna su amor,
Muero aguardando
Un nuevo albor,

En que su boca
Llegue á agotar
El alma loca
Con su besar.

No hallo consuelo
Desde su adios:
¡Loca estoy! ¡cielo!
¡Mi Dios! ¡mi Dios!

La barca pasó cerca de nosotros, enviándonos aquella suave emanación germánica. Cerré los ojos y creí bajar por el rápido curso del Rhin; luego se alejó la melodía. Se había guardado silencio para dejarla pasar; una vez perdida en lontananza, volvió á reanimarse la estrepitosa hilaridad italiana. Volví á abrir los ojos, y me volví á encontrar en Sicilia, creyendo haber sido presa, como Hoffmann, de algún sueño fantástico. Al día siguiente encontré la explicación de aquel sueño cuando vi en el cartel del teatro de la Ópera el nombre de la señorita Schulz.

Sin embargo, la noche avanzaba y las barcas iban disminuyendo cada vez más. A cada momento desaparecían algunas detrás del ángulo de la ciudadela; las luces esparcidas por la costa se apagaban también del mismo modo que se habían extinguido las luces errantes por la mar. Nosotros mismos comenzábamos ya á

sentir toda la fatiga de la noche y del día anterior : volvimos á tomar, pues, la ruta de nuestro buque, y cuando llegamos á él pudimos ver desde lo alto del puente todo el estrecho desde Reggio hasta Mesina otra vez en la oscuridad, apagado todo, á excepcion del faro, que semejante al genio protector de aquellos sitios, vela incesantemente hasta el día, con una llama en la frente.

A la mañana siguiente nos despertamos con la aurora : sus primeros rayos nos pusieron de manifiesto la reina del estrecho, la segunda capital de la Sicilia, Mesina la noble, cuya maravillosa situacion, cuyas siete puertas, cinco plazas, seis fuentes, veinte y ocho palacios, cuatro bibliotecas, dos teatros, su puerto y su comercio, que imprimen movimiento á una poblacion de sesenta y dos mil almas, la hacen, á pesar de la peste de 1742, y del horroroso temblor de tierra de 1783, una de las mas florecientes y de las mas lindas ciudades del mundo. Sin embargo, desde el sitio en que estábamos, es decir, á veinte y cinco ó treinta pasos de la costa, frente á la aldea Della-Pace, no podíamos formar de aquella vista sino una idea imperfecta ; pero así que se levó el ancla y llegamos al medio del estrecho, apareció Mesina ante nosotros en toda su majestad.

Pocas situaciones hay semejantes á la de Mesina, poderosa puerta de dos mares, por la cual no se puede pasar del uno al otro sino con el beneplácito real. Apoyada en costas maravillosamente variadas, cubiertas de higueras de la India, de granados y de adelfas, tiene á su frente la Calabria. Detrás de la ciudad sale el sol, y á

medida que se elevaba sobre el horizonte, coloraba el panorama que iluminaba con los mas caprichosos colores. A la derecha de Mesina se extiende el mar Jonio, y á su izquierda el mar Tirreno.

Continuábamos avanzando, sin mas movimiento que si bogásemos por un ancho río ; y á medida que avanzábamos, presentábase Mesina ante nosotros en sus menores detalles, desarrollando á nuestros ojos su magnífico muelle que se encorbaba hasta el medio del estrecho, y forma un puerto casi cerrado. Sin embargo en medio de aquel esplendor, una cosa singular daba un aspecto extraño á la ciudad : todas las casas de la Marina, así se llama el muelle que sirve al mismo tiempo de paseo, son de la misma altura, y como las casas de la calle de Rívoli, edificadas por un mismo modelo ; pero sin acabar, y contruidos dos pisos tan solo. Las columnas cortadas por mitad, carecen de un tercio, que parece haber sido de un extremo á otro de la ciudad cortado por un sablazo. Pregunté entonces á Pietro, nuestro cicerone marítimo. Me dijo que habiendo el temblor de tierra de 1783 destruido la ciudad, las familias arruinadas por aquel accidente no reedificaban sino lo estrictamente necesario para ellas, y que muy poco á poco, en otros cincuenta años, se concluiría de edificar en la callè. Me contenté con aquella respuesta, que por lo demás me pareció bastante plausible.

Nuestro buque echó el ancla en frente de una fuente de un mármol magnífico, y representando á Neptuno encadenando á Carvdis y Scyla. En Sicilia, todo es

aun mitológico, y Ovidio y Teócrito son mirados allí como innovadores.

Apenas el ancla había agarrado, y las velas estaban amainadas, cuando recibimos la invitación de dirigirnos á la aduana, es decir, á la policía. Tenía ya el pié en la escala, á fin de colocarme en la lancha, cuando fui detenido por un grito quejumbroso; era mi cocinero napolitano, á quien había perdido completamente de vista desde su aparición durante la tempestad, y que empezaba á volver de su letargo, como una marmota que se despierta pasado el invierno. Salía de la escotilla, vacilante, sostenido por dos de nuestros marineros, y mirando á su alrededor con un aire estúpido. El pobre mozo, aunque sin comer ni beber desde nuestra partida, estaba perfectamente abotagado, tenía los ojos hinchados como huevos y los labios gruesos como moreillas. Sin embargo, á pesar del estado deplorable á que estaba reducido, la inmovilidad del buque, que ya la víspera se había conocido, acababa de volverle poco á poco en sí, de modo, que casi se tenía de pié, cuando la lancha fué por nosotros para trasladarnos á tierra. Viendo que iba yo á bajar á ella sin él, había creído entonces que yo le olvidaba, y había reunido todas sus fuerzas para arrojar el lastimero grito que me había hecho volver la cabeza. Tenía demasiada piedad en el corazón para abandonar al pobre Cama en tal situación, y así hice señal á la lancha de que aguardase; le bajaron sosteniéndole por debajo de los brazos; en fin, puso en ella el pié, pero no pudiendo todavía sufrir el movimiento del mar, á pesar de estar tan

tranquilo é inofensivo, cayó hácia atrás, apiastado bajo su mismo peso.

Llegado á la aduana, y en el momento de presentarse delante de las autoridades mesinesas, todavía tenía que sufrir otra prueba el pobre Cama. Tanto se habían apresurado á partir creyendo que iba á tener aun un apreciador de Rolando, que había olvidado una cosa, proveerse de un pasaporte. Desde luego, creí que iba yo á arreglarlo á su satisfacción. En efecto, cuando Guichard había recibido en la embajada de Francia el pasaporte con el cual viajaba yo, sabiendo que pensaba llevarme un criado á Sicilia, había hecho poner en su pasaporte: *Mr. Guichard y su criado*; después había llevado el documento al visto bueno de la embajada de Nápoles. Allí, como medida de seguridad gubernativa, se le había preguntado el nombre de su criado; había dicho entonces el primero que le había venido á la imaginación, de modo que á estas cinco palabras, *Mr. Guichard y su criado*, se habían añadido estas otras dos; *llamado Bajocco*. Ofrecí, pues, á Cama que se llamaría momentáneamente Bajocco, que me parecía un nombre tan respetable como el suyo; pero, con grande admiración mía, rehusó con indignación, diciendo que jamás se había avergonzado de llamarse como su padre, y que por nada en el mundo haría la afrenta á su familia de viajar con nombre supuesto, y sobre todo con un nombre tan heteródito como el de Bajocco. Yo insistí; pero se mantuvo firme: desgraciadamente el pisar en tierra firme, le había vuelto sus fuerzas como á Anteo y con sus fuerzas su

terquedad habitual. Estábamos, pues, en lo mas fuerte de la discusion, cuando se nos vino á prevenir que se nos aguardaba en el despacho del encargado de visar los pasaportes. Pero seguro yo mismo de la validez del mio, ningun deseo tenia de complicar mi situacion con la de Cama; enviéle, pues, á todos los diablos y entré.

Contra lo que esperaba, el exámen por nuestra parte pasó sin estorbo; se me hizo únicamente observar que mi pasaporte no llevaba la filiacion: era una precaucion que habia tomado Guichard, discordando algun tanto sus señas individuales de las mias. Respondí cortesmente al empleado que era libre de llenar aquella laguna; lo que efectivamente hizo. Despues de que aquella formalidad, que ponía mi pasaporte perfectamente en regla, habia sido cumplida á satisfaccion de los dos, nos dió en voz alta á Jadin y á mi la autorizacion de pasar á tierra. Bien hubiera yo querido aguardar un momento á Cama para saber cómo se compondria; pero como á los ojos del amable gobernador con quien tratábamos todo es sospechoso, el apresuramiento como la detencion, me contenté con recomendarle al capitan y salté con Jadin en la lancha, que por fin nos condujo al muelle. Entramos al instante en la ciudad por una puerta practicada en los edificios del puerto.

El 5 de febrero de 1783, como media hora al rededor de medio dia, en medio de una atmósfera sombría y bajo un cielo cubierto de espesas nubes de formas extrañas, fué cuando se dejaron sentir las primeras señales del desastre de que Mesina conserva todavía las

huellas. Los animales, á quienes todos los cataclismos se revelan por el instinto antes de aparecer ante el hombre, fueron los primeros á dar las señales de un espanto del que en vano se buscaban todavía las causas reales. Los pájaros volaron de los árboles donde estaban colocados en las ramas y de los techos donde se abrigan, y comenzaron á describir círculos inmensos sin atreverse á posar sobre la tierra: los perros fueron atacados de un temblor convulsivo y aullaban tristemente: los bueyes esparcidos en la campiña, mugiendo y espantados, se dispersaron acá y allá como perseguidos por un peligro invisible. En aquel momento se oyó una detonacion profunda semejante á un trueno subterráneo y que duró tres minutos: era la gran voz de la naturaleza que gritaba á sus hijos pensasen en la fuga ó se preparasen á la muerte. En el mismo momento las casas empezaron á temblar como acometidas de la fiebre, algunas se hundieron y de todos los puntos de la ciudad una nube de polvo y humo subió hácia el cielo poniéndole mas sombrío todavía y mas amenazador; luego corrió por toda la tierra un estremecimiento, semejante al de una mesa llena de objetos que se menease por los piés, y una parte de la ciudad se precipitó en el abismo. Todas las casas que habian quedado en pié vomitaron al mismo instante sus habitantes por puertas y balcones; todo el que no habia sido muerto por la primera sacudida se salvó marchando á la Plaza Mayor; pero antes que aquel tropel espantado llegase á ella, otro temblor de tierra se sintió persiguiéndolos en las calles, aplastándolos bajo los restos de las casas, que formaron en el

mismo instante inmensas barricadas de escombros y de ruinas, en lo mas alto de las cuales se vió bien pronto aparecer como espectros á los que por huir pisoteaban á los que habian sido sepultados. Las dos terceras partes de ciudad estaban ya arruinadas.

La Plaza Mayor estaba cubierta de un gentío inmenso que por mas separado que estuviese de los de los edificios se hallaba muy lejos, sin embargo, de encontrarse al abrigo de todo peligro. De segundo en segundo se abrian grietas, devoraban una casa, un palacio, una calle, y despues volvian á cerrar sus humeantes fauces como monstruos satisfechos. Uno de aquellos abismos podia abrirse bajo los piés de los ciudadanos y asi como se tragaban las casas tragarse sus habitantes. En fin, pareció calmarse la tierra como fatigada de su propio esfuerzo; una lluvia tempestuosa y fuerte caia de aquel cielo oscuro y pesado; el entorpecimiento de la naturaleza se apoderó de los hombres; todo parecia adormecerse en el extremo del dolor: vino la noche, noche terrible, tempestuosa, oscura, y durante la que ninguno se atrevió á volver á entrar en las pocas casas que aun se mantenian de pié; los que tenian un carruaje se acostaron en él, los demás esperaron el dia en las calles ó en el campo. A media noche, la tierra que se habia calmado momentáneamente, comenzó otra vez á estremecerse, despues á temblar; pero ahora era sin direccion; si bien hubiese sido difícil decir cuál era la mas agitada, ella ó la mar. En este momento se vió una campana arrancada de su base y llevada en el aire, mientras que la cúpula del Domo se aplanaba, y el Pala-

cio Real, las casas de la Marina, doce conventos y cinco iglesias eran como minadas por sus bases y se hundian desde la cúpula hasta los cimientos. La duracion de los dos primeros temblores de tierra habia sido de cuatro y de seis segundos, la última fué de quince.

En medio de aquella desolacion nocturna y oscura, algunas partes de la ciudad se iluminaban insensiblemente, oyéndose al mismo tiempo como silbidos. Bien pronto en la cima de las montañas de escombros se vieron brillar llamas parecidas al dardo de una serpiente sepultada que intentara salir de un monton de ruinas. Como el cataclismo se habia verificado á la hora de comer, en casi todas las casas habia fuego en las chimeneas ó en las cocinas: aquel fuego cubierto de escombros, que habia prendido en las vigas y molduras y se habia al principio ocultado como en un horno subterráneo, queria salir demasiado comprimido en aquellos hornillos. A eso de las dos de la mañana, en casi todos los puntos la ciudad era presa de las llamas. El dia 6 fué un dia de triste y lúgubre descanso: al venir el dia la tierra quedó inmóvil. Apenas permanecian algunos edificios en pié de toda aquella ciudad floreciente la víspera.

Comenzaban los habitantes á tener alguna esperanza, no ya respecto á sus casas, sino por su vida, porque habian pasado la noche iluminados por el incendio que se propagaba con encarnizamiento de ruinas en ruinas. Sin embargo, todos habian empezado ya á llamarse, á reconocerse, á conceder alguna alegría para los vivos, y lágrimas para los muertos, cuando el 7 hacía las tres

de la tarde, las sacudidas disminuyeron considerablemente, y á pesar de eso, pasó mas de un año antes que desaparecieran.

Pero hacia tres dias que nadie habia comido; todos los comercios estaban destruidos: algunos buques entraron en el puerto y dividieron sus provisiones con los mas hambrientos. Bien pronto las ciudades vecinas vinieron al socorro de su hermana. La misma Calabria, á pesar de su antiguo odio, se mostró enemiga generosa, y envió pan, vino y aceite. El virey envió un oficial de Palermo á Mesina, con plenos poderes para hacer el bien: los caballeros de Malta enviaron cuatro galeras, 60,000 escudos, un cargamento de camas y de medicamentos, cuatro cirujanos para curar á los heridos, y setecientos esclavos de Africa para reedificar las casas. El gobernador no admitió de todo aquello mas que 400 anzas, las camas, los medicamentos y los médicos, todos para el hospital. Se construyeron barracas de madera para edificios de absoluta necesidad y sin los que un pueblo no puede pasarse, tales como los tribunales, los colegios y las iglesias. Todos los derechos sobre el jabon, el aceite y la seda, que eran el principal comercio de la ciudad, se abolieron. Se distribuyeron limosnas á los mas pobres, consuelos y promesas animaron á los demás. Poco á poco disminuyó el terror á medida que disminuian las sacudidas, aunque de cuando en cuando la tierra continuaba estremeciéndose como un ser animado. Al cabo de quince dias comenzaron á remover las ruinas, á fin de sacar de ellas lo que pudiera haber escapado al doble desastre; pero el fuego habia sido

tan violento, que los metales se habian fundido; el oro y la plata acuñados se encontraron en lingotes. Los mas ricos habian quedado pobres.

Hé aquí la causa de que ninguno ó casi ninguno de los antiguos monumentos que sucesivamente edificaron allí los Griegos, los Sarracenos, los Normandos y los Españoles, existan en Mesina. Las paredes de la catedral resistieron, sin embargo, aunque, como hemos dicho, la cúpula se hundió. El convento de los franciscanos, edificado en 1435 por Fernando el Magnífico, escapó milagrosamente al desastre. Tambien dos fuentes, una situada en la plaza del Domo, y la otra en el puerto, se mantuvieron firmes. La primera, que databa de 1547, habia sido construida en honor de Zancle, el pretendido fundador de Mesina; la segunda, edificada en 1558, representaba, segun indicamos, á Neptuno encadenando á Carybdis y Scyla. Las dos habian sido esculpidas por el hermano Giovanni Agnolo. Habiamos visto, al pasar por el puerto, la fuente de Neptuno: nos encaminamos hácia la catedral.

La fachada de este monumento, tal como se ve hoy, es una mezcla singular de las diferentes arquitecturas que se han sucedido desde el siglo xi. La parte de la fachada que se levanta desde el piso hasta la altura del primer friso, se remonta á su fundador Roger II; sus hiladas de mármol rojo, que separan, así como en las mezquitas del Cairo y de Alejandria, trozos enriquecidos con incrustaciones de mármol de diferentes colores, tienen el sello del gusto árabe, modificado por el cincel bizantino. En cuanto á las tres puertas ejecutadas en

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Año. 1625 MONTERREY, MEXICO

mármol blanco, sus contornos se destacan armónicamente sobre los recientes y ricos adornos que las sirven de fondo : la de en medio, mucho más elevada que las otras, tiene las armas del rey de Aragon, lo que hace datar su ejecucion, sobre poco más ó menos, de 1550.

En lo interior, como casi todas las iglesias de aquella época, la catedral está edificada por el plano de la basílica romana. Las columnas que sostienen la bóveda son de granito, desiguales en altura, diferentes en diámetro, y unidas entre sí por arcos que sostienen paredes horadadas por ventanas, con remates cuya obra exterior de carpintería en relieve, está todavía pintada y dorada en ciertos sitios : eran las columnas de un templo de Neptuno, colocadas en otro tiempo en el faro, y trasportadas á Mesina cuando la Sicilia pasó de la dominacion vagabunda de los Sarracenos á la de los piadosos aventureros Normandos. Se las reconoce al primer golpe de vista como antiguas, en sus elegantes proporciones, por más que estén coronadas de groseros chapitales de un dibujo medio árabe, medio bizantino. Algunos lindos pedazos de mosaico lucen todavía en la bóveda del coro y en las capillas colindantes : lo demás fué destruido en el incendio de 1232.

Saliendo de la catedral nos hallamos en frente de la fuente del Domo. Esta, que prefiero con mucho á la del puerto, es una de esas encantadoras creaciones del siglo vi, que reúnan el sentimiento gótico á la suavidad griega : sobre su más elevada cúspide está Zancle, fundador de la ciudad, contemporáneo de Orion y de todos los héroes de las épocas fabulosas. Detrás de él, un

perro, símbolo de la fidelidad, levanta la cabeza y le mira : esta figura está sostenida por un grupo de tres amores arrimados de espaldas unos á otros, cuyos piés descansan en una lancha sostenida por cuatro mujeres encantadoras con su *morbidezza*, entre las que algunas cabezas de delfines arrojan chorros de agua que caen en una lancha más grande todavía, y de allí en un recipiente guardado por leones, rodeado de dioses marinos, y adornado de esculturas representando las principales escenas de la mitología.

Examinados los puntos principales, nos entramos al acaso por la ciudad. Por modernas que sean las construcciones, y por adocenados que hayan sido los arquitectos constructores, no han podido quitar á la situacion topográfica lo que ofrece de variado y grandioso. Las dos cosas que más me llamaron la atención entre todas fueron : la primera una gigantesca escalera que conduce simplemente de una calle á otra, y que parece un fragmento de la antigua Babel : la segunda el carácter extraño que dan á todas las casas sus balcones de hierro iguales, combados, y llenos de enredaderas que ocultan sus barrotes y vuelven á caer á lo largo de las paredes en largos festones que el viento hace flotar vistosamente. Perdóneseme, olvidaba otra cosa. A la puerta de un cuerpo de guardia de gendarmes, ví á un cabo de brigada que, en mangas de camisa y la gorra de policia en la cabeza, hacia una bata de tul rosa con volantes. Me detuve un instante delante de él, y maravillado de la manera con que manejaba la aguja, me informé sobre aquel bravo militar. Entonces supe que en Mesina el

oficio de costurera era generalmente desempeñado por hombres : mi brigada reunia los dos : era á un mismo tiempo gendarme y modista.

No hay en Mesina ni parque real, ni jardin público ; de modo que cada uno, llegada la noche, se dirige hácia el muelle de la Palazzata, mas vulgarmente llamada la Marina, á fin de respirar allí el aire del mar. El puerto es, pues, el sitio de cita de toda la aristocracia mesinesa, que se pasea á caballo ó en carruaje desde una puerta á otra, es decir, en una extension de un cuarto de legua.

Acaso si se pudiera atravesar de un solo salto el Mediterráneo y salvar desde el boulevard de los Italianos hasta el puerto de Mesina, acaso, digo, se hallaria alguna diferencia notable entre los personajes que frecuentan esos dos paseos ; pero saliendo de Nápoles, la transicion es demasiado suave para ser sensible. La única cosa que da á la Marina un aspecto particular, son esos encantadores abates, galanteadores, presumidos lujosos, llevando cadenas de oro como caballeros, y montados sobre magníficos asnos, traídos de Pantelleria, teniendo su genealogía como los corceles árabes, y arneses que compiten en elegancia con los mas magníficos caballos.

Al volver á la fonda, encontramos al capitán que nos aguardaba. Le pedimos noticias de Cama. El pobre diablo estaba preso y reclamaba nuestra proteccion. Desgraciadamente era demasiado tarde para dar pasos aquella misma noche ; las autoridades napolitanas son, de todas las autoridades que conozco, á quienes es

mas imprudente interrumpir fuera de las horas que se dignan emplear en vejar á los viajeros. Por tanto nos fué forzoso dejarlo para el dia siguiente. Por otra parte, me preocupaba en aquel momento otra cosa mas seria. Jadin, que habia estado padeciendo todo el dia, y que me habia dejado en medio de mis correrias por la ciudad para volverse á la fonda, estaba realmente indispuerto. Llamé al dueño de la fonda, le pregunté las señas del mejor médico de la ciudad, y el capitán fué á buscarlo.

Un cuarto de hora despues volvió el capitán con el doctor : era uno de esos buenos de médicos como no creo que existan sino en las comedias de Dorat y de Marivaux, con una peluca toda rizada y una caña con puño de oro. Nuestro Esculapio reconoció inmediatamente todos los síntomas de una fiebre cerebral perfectamente caracterizada, y mandó una sangría. Hice al punto traer venda y taza, y viendo que se levantaba para retirarse, le pregunté si no iba á hacer él mismo la operacion ; pero me respondió con un aire lleno de majestad, que era médico y no barbero, y que no tenia mas que ir á buscar un *sangrador* para ejecutar su orden. ¡ Dichoso país donde hay todavía Figaros fuera del teatro !

No tardé en encontrar lo que buscaba. Además de las dos bacías colgadas encima de la puerta y el *Consilio manuque* que guió al conde de Almaviva, el colega mesinés tenia una muestra original representando un hombre sangrado de los cuatro miembros, cuya sangre caia simétricamente en un enorme tazón, el cual se in-

clinaba en su silla desmayándose. Lo que se veía no era para atraer, y si hubiese sido Jadin mismo quien hubiera ido en busca del honorable industrial que su situación reclamaba, dudo que hubiese dado á este la preferencia; pero como yo trataba de no dejarle sangrar sino de un miembro, pensé que saldría del paso con una cuarta parte de síncope.

En efecto, todo iba muy bien, la sangría produjo tan buen efecto á Jadin que comenzó durante la noche á disparatar, y á la mañana siguiente deliraba. El médico volvió á la hora convenida, encontró al enfermo perfectamente, le mandó una segunda sangría y la aplicación de lienzos empapados en agua helada al rededor de la cabeza. El día se pasó sin que yo pudiese conocer claramente, lo confieso, quién ganaría la partida, si el enfermo ó la enfermedad. Estaba horriblemente inquieto. Además mi amistad verdadera hácia Jadin, me echaba en cara, si le sucedía alguna desgracia, haberle comprometido á aquel viaje. Aguardé, pues, al día siguiente con grande impaciencia.

El doctor había mandado exponer el enfermo á todos vientos; abrir puertas y ventanas, y colocarle lo mas que se pudiese entre dos corrientes de aire. Por mas extraña que me pareciese la recomendación, la había cumplido religiosamente la noche y el día precedente. Hice, pues, abrir todo como de costumbre; pero con grande admiración mia, la oscuridad, en lugar de traer aquella dulce brisa, aliento fresco de la noche, y mas fresco todavía en las proximidades del mar que en cualquier otra parte, sopló un viento seco y abrasa-

sador que parecía el vapor de un horno. Esperaba la madrugada; pero la mañana no trajo ningun cambio en la atmósfera.

La noche había fatigado mucho á mi pobre enfermo. Sin embargo, la exaltation cerebral no parecía ser tanta, desapareciendo poco á poco para dar lugar á una postracion creciente. Llamé para que trajeran agua de limon, única bebida que el doctor había recomendado; pero nadie me respondió. Llamé segunda y tercera vez: en fin, viendo que no quería venir la bebida, fui yo por ella. Anduve por los corredores y las habitaciones sin encontrar nadie á quien decirlo. El dueño y la dueña de la casa todavía no habían salido de su habitación, aunque eran las nueve de la mañana; ningun criado estaba en su destino. Era cosa que no comprendía.

Bajé al cuarto del portero, le hallé acostado sobre un divan viejo todo roto, que constituía el principal adorno de su habitación, y le pregunté porqué estaba desierta la casa. ¡Ah! señor, me dijo, ¿no sentís que reina el S. E.?

— Pero aun cuando reine el viento S. E., le dije, no es una razon para que no se acuda cuando se llama.

— ¡Oh! señor, cuando hace jaloque, nadie hace nada.

— ¡Cómo! ¿nadie hace nada? ¿Y á los viajeros quién los sirve?

— ¡Ah! esos dias se sirven ellos mismos.

— Eso es otra cosa. Disimulad que os haya interrumpido, buen hombre. — El conserje exhaló un suspiro

que me indicaba que necesitaba una buena dosis de caridad cristiana para otorgarme el perdón que le pedía.

Me puse al momento á buscar lo necesario para confeccionar la limonada; encontré limón, agua y azúcar, del mismo modo que el perro de caza halla la caza por el olfato. Nadie me guió ni me interrumpió en mis investigaciones. La casa parecía abandonada, y yo pensaba para mis adentros, que una compañía de ladrones que se sobrepusiese al jaloque, haría sin duda alguna excelentes negocios en Mesina.

Llegó la hora de la visita del doctor, y el doctor no vino. Presumí que él, como los otros, pagaba su tributo al viento; pero como el estado de Jadin estaba lejos de haber tenido una mejoría notablemente tranquilizadora, resolví provocar al Esculapio en su casa, y traerle de grado ó por fuerza á la fonda. Recordé las señas dadas al capitán; tomé mi sombrero, y me lancé con furia en su busca. Al pasar por el corredor miré un termómetro: á la sombra marcaba treinta grados.

Mesina tenía el aspecto de una ciudad desierta, ni un habitante circulaba por sus calles, ni una cabeza aparecía en los balcones. Sus mismos mendigos (y el que no ha visto al mendigo siciliano no sabe lo que es miseria), sus mismos mendigos estaban tendidos al pié de los guardacantones donde habían caído rodando unos sobre otros, jadeantes, sin fuerza para extender la mano y sin voz para pedir limosna. Pompeya, á donde fui tres meses después, no estaba más muda, más solitaria, más inanimada.

Llegué á casa del doctor. Llamé, di porrazos, nadie me respondió; apoyé mi mano en la puerta, y estaba entornada solo; entré y busqué al doctor.

Atravesé tres ó cuatro habitaciones: había mujeres echadas sobre sofás, niños tendidos por el suelo. Nadie levantaba siquiera la cabeza para mirarme. Por fin, ví un cuarto cuya puerta estaba entornada como las demás, la empujé y descubrí á mi hombre tendido sobre su cama.

Fui hácia él, cogí su mano y le tomé el pulso.

— ¡Ah! dijo melancólicamente volviendo con dificultad la cabeza hácia mí, ¡vos aquí! ¿qué queréis?

— ¡Pardiez! ¿qué quiero? Quiero que vengais á ver á mi amigo, que no está mejor, según parece.

— ¡Ir á ver á vuestro amigo! exclamó el doctor con un movimiento de espanto, pero eso es imposible.

— ¡Cómo, imposible!

Hizo un movimiento de desesperación, tomó su junco con la mano izquierda y le deslizó por su mano derecha, desde el puño de oro que adornaba uno de sus extremos, hasta la contera de hierro que guarnecía el otro.

— Tomad, me dijo, mi caña suda.

En efecto, cayeron de ella algunas gotas de agua, tan terrible acción ejerce este viento, aun sobre las cosas inanimadas.

— ¡Y bien! ¿qué es lo que prueba eso? le pregunté.

— Eso prueba, caballero, que contra semejante tiempo no hay médico, no hay más que enfermos.

Ví que no obtendria jamás del doctor que fuese á la fonda, y que si yo pedia demasiado no sacaria nada; tomé, pues, mi resolucion de reducirme á lo prescrito: le expliqué los cambios verificados en la situacion del enfermo, y le dije que la fiebre habia desaparecido para dar lugar á la postracion. A medita que yo exponia los síntomas, el doctor se contentaba con responderme: va bien, va bien, va muy bien; agua de limon, mucha agua de limon, agua de limon cuanta quiera, yo respondo de él. Despues, rendido por este esfuerzo, el doctor me hizo señal de que era inútil que le molestase por mas tiempo, y se volvió de cara á la pared.

— ¡Y bien! me dijo Jadin volviéndome á ver, ¿no viene el doctor?

— ¡A fe mia! querido, dice que está mas malo que vos y que podeis mejor cuidarle á él.

— ¿Pues qué tiene? ¿la peste?

— Mucho peor que eso, padece por el jaloque.

Por lo demás, el doctor tenia razon, y reconocia yo mismo en mi enfermo una mejoría notable. Como estaba mandado, pasó el dia bebiendo agua de limon, y á la noche el dolor de cabeza habia desaparecido. A la mañana siguiente estaba casi curado, quedándole solo la debilidad. Le dejé arreglar sus cuentas con el doctor y salí para hacer á pié una pequeña excursion á la aldea Della-Pace, patria de nuestros marineros y que está situada á tres ó cuatro millas al norte de Mesina.

EL PESCE SPADA.

Encontré encantador el camino de la Pace. De un lado tenia la montaña y de otro el mar. Era dia de fiesta: se llevaba en procesion el sepulcro de san Nicolás, no sé con qué objeto, pero el hecho es que se llevaba en procesion, y que esto causaba grande alegría entre el pueblo. Al pasar delante de la iglesia de los jesuitas, que se halla á un cuarto de legua de la aldea Della-Pace, entré en ella. Estaban diciendo una misa. Me aproximé á la capilla, y encontré á todos nuestros marineros de rodillas con el capitan á la cabeza. Era la misa prometida durante la tempestad, y cuya promesa cumplian con un escrúpulo y una exactitud bien meritorias para gentes que están ya en tierra. Aguardé en un extremo á que concluyese el oficio divino; despues, cuando el sacerdote hubo dicho el *Ite, missa est*, salí de detrás de la columna, y me presenté á nuestras gentes.

No podia engañarme con respecto al modo como me recibieron; todas aquellas fisonomías pasaron de pronto de la expresion del recogimiento á la de la alegría; al instante mismo mis dos manos fueron cogidas, y por